

CAPÍTULOS GRATUITOS

Athena, El código universal II

Fernando Martínez Garrofe

RECUERDOS PASADOS

1

Varios días antes

—Nada, no hay manera —sentenció uno de los tres miembros del equipo arqueológico de la estación Nahmer, estacionado alrededor de un inmenso zigurat de trece niveles, parcialmente oculto en una selva bastante siniestra que se extendía en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista—. La radio está muerta.

—Este calor es infernal —masculló contrariado un segundo miembro del equipo—. ¿De verdad esperan que trabajemos con cincuenta grados y casi un cien por cien de humedad?

—Venga, Travers, no es tan malo... —comentó divertida la única mujer joven del equipo, con el nombre Merah grabado en la solapa de su mono de trabajo—. Así le darías algo de color a esa cara tuya —añadió con cierta picardía.

—Sí, tío, si es que pareces un zombi de esas películas tan malas que ves —añadió con sorna el segundo miembro del equipo.

—Reiros cuanto queráis —replicó el hombre referido como Travers mirando a la joven con expresión adusta—, pero las películas de Iskana son un clásico.

—Sí, de la primera era espacial... —replicó el arqueólogo de antes riéndose entre dientes—. Solo tú verías películas tan malas de hace miles de años.

—Cierra el pico, Heller —gruñó Travers.

—Por cierto, ¿alguien ha visto a Ghadel y Rethkana? —preguntó Merah intrigada—. No los veo desde hace dos días.

—Yo no, aunque creo que cerrarán la estación pronto —contestó Travers—. Los departamentos Tanathos y Rivera están con menos de la mitad del personal.

—No me gusta... —murmuró Merah observando el paisaje visible desde lo alto del zigurat.

Ya casi había anochecido y las estrellas del sistema binario eran visibles por encima de las montañas. Su luz, al caer sobre las hojas de la tupida selva que rodeaba el zigurat, provocaba que todo a su alrededor brillase con un tenue y siniestro color escarlata. A

Merah le daba escalofríos.

—Estás paranoica —replicó Travers intentando quitarle importancia a las palabras de su compañera—. Estaremos en el sobaco de la galaxia, pero la paga es de lujo. Ganamos en un año lo que tendríamos en siete trabajando para el gobierno o el sector privado. No hay ninguna loca y siniestra conspiración de las tuyas.

Merah iba a contestar cuando, de repente, le dio la impresión de que el cielo parecía combarse como si alguien estuviese estirando una sección hacia atrás.

—Heller, déjame tus prismáticos —le pidió a su compañero.

—¿Qué pasa? —preguntó Heller extrañado.

—No estoy segura... —murmuró Merah.

En cuestión de segundos, la perturbación en el cielo aumentó su tamaño, adoptando el aspecto de un remolino.

—¿Pero qué...? —masculló Heller estupefacto.

—Es muy grande para ser... —murmuró Merah.

Antes de poder terminar la frase, varias cosas sucedieron casi al mismo tiempo. Primero, un intenso pulso electromagnético emergió a través del agujero, haciendo huir despavoridas múltiples bandadas de pájaros ocultas en las copas de los árboles y friendo cualquier circuito electrónico en el planeta. Justo después, un rayo de energía de gran tamaño surgió del vórtice en el espacio y cayó sobre el planeta a más de la mitad de la velocidad de la luz. Heller y Travers echaron a correr por las escaleras del zigurat en un inútil esfuerzo por ponerse a cubierto. Solo Merah permaneció en la cima, observando fascinada y aterrada cómo la misma furia del fin de los días parecía caer sobre ella...

Justo antes de que la energía entrase en la atmósfera, las escrituras grabadas en las paredes del zigurat se activaron, y desde la estructura se alzaron cuatro columnas de varios cientos de metros de alto cubiertas de los mismos grabados que las paredes exteriores. En cuanto se activaron, la energía se detuvo en seco, a apenas unos cientos de metros de la superficie del planeta, para luego salir reflejada por alguna clase de escudo generado por el zigurat alienígena.

—¿Lo está haciendo el templo? —murmuró Travers acercándose junto a Heller a las columnas que habían brotado del suelo.

En cuanto ambos hombres tocaron las columnas, su destino quedó sellado.

Una corriente de luz y energía tan o incluso más luminosa que un quásar emanó de las columnas alzándose hacia el cielo con rapidez, destruyó el escudo al tiempo que impactaba contra la energía emergida del agujero de gusano, haciéndola retroceder hacia su punto de origen.

Merah consiguió apartarse y cerrar los ojos justo a tiempo, tumbándose lo más pegada posible al suelo. La energía de las columnas emitía una gran cantidad de luz y calor. Era como observar el sol muy de cerca sin protección. Escuchó impotente los gritos de agonía de sus compañeros al ser incinerados por la emanación energética surgida del zigurat. Tras lo que a Merah se le antojó una eternidad, el vórtice en el espacio se cerró. De forma inmediata, el zigurat dejó de emitir energía y la luz de los grabados se apagó.

Temerosa por lo que pudiese pasar, Merah apartó lentamente sus manos de la cara, abriendo los ojos sin mucha prisa.

No ocurrió nada. Salvo las oscuras marcas que representaban los pies de Travers y Heller, todo seguía igual. Como si nada hubiese pasado. Como si el planeta entero no hubiese estado a punto de explotar.

—¿Qué diablos? —balbuceó Merah aún asustada por lo ocurrido—. ¿Qué diablos?

De pie en el techo del zigurat, Merah no pudo evitar pensar en su hermana mayor, Tara. La favorita de sus padres. ¿Cuánto tiempo hacía desde su último encuentro? Cuatro años o cinco años por lo menos.

Exhaló un ligero suspiro, secándose el sudor de la frente con una manga de su camisa. La echaba mucho de menos. Más de lo que jamás admitiría en público.

¿Por qué habían discutido?

Lo recordaba bien. Merah no había podido evitar reprocharle a su hermana de forma acalorada que estaba desperdiciando su vida en los marines en vez de estudiar y hacer algo de «auténtico provecho». La discusión no había terminado de forma agradable. Al echar la vista atrás no podía evitar pensar que su comportamiento fue inoportuno cuanto menos. Toda la familia Iseki se había reunido para celebrar las fiestas de Navidad e intentar animar a Tara después de que su compañía fuese aniquilada casi por completo. Viéndolo en perspectiva, no había sido el mejor momento para dar rienda suelta a sus reproches. En absoluto.

Estaba decidida. Si volvía a ver a su hermana mayor, le pediría disculpas. Quería volver a llevarse bien con la persona con quien más se divertía cuando era niña. Incluso estaba dispuesta a replantearse sus opiniones sobre los marines.

Después de todo, ¿acaso no eran ellos quienes defendían de primera mano las libertades civiles ante la escoria de la galaxia?

Notó cómo varias lágrimas amargas se deslizaban por sus mejillas. ¿A quién pretendía engañar? Moriría en aquel planeta. Sola.

Aunque el zigurat hubiese hecho «rebotar» la energía venida desde el espacio, no tenía forma de saber a cuánta radiación exótica había estado expuesta. Teniendo en cuenta lo sucedido a sus compañeros, tal vez le quedasen minutos de vida...

Moriría sola. Abandonada en un remoto rincón de la galaxia. No podría pedirle perdón a su hermana. Jamás podría decirle cuanto la...

Se frotó los ojos al notar cómo se le enturbiaba la vista. De repente, el mundo se volvió oscuro a su alrededor y se desplomó antes de poder preguntarse qué le sucedía...

—Prueba concluida con éxito. Detonación del iosalan satisfactoria.
—No se puede confirmar la muerte de la doctora Merah. Hemos perdido su señal.
—Despliegue de equipos de limpieza y análisis de datos en doce horas.
—Director Lector, Shadow Dragon solicita instrucciones —explicó uno de los técnicos presentes en la sala mirando a su líder, sentado cómodamente tras su terminal—. ¿Tiene su permiso para proceder?

Su jefe alzó la vista, clavándole sus fríos e inexpresivos ojos. Un largo escalofrío de terror recorrió la espalda del técnico. Como de costumbre, el director Lector proyectaba un aura de autoridad de lo más intimidante.

—Sí —autorizó el director.

Los nanitos instalados en Travers y Heller habían cumplido su papel: activar el zigurat del planeta. Durante todo el tiempo que el equipo de investigación se había movido en torno a la estructura, los nanitos habían estado transmitiendo micropulsos de energía de baja frecuencia, buscando «despertar» al zigurat alienígena.

Había llegado la hora de la siguiente fase del Proyecto Maelstrom.

INICIANDO TRANSMISIÓN...

Código de encriptación: VX-65279

Clave de seguridad: *****

Nivel de seguridad: A-10

DE: SHADOW TIGER

A: LECTER

ASUNTO: ACTUALIZACIÓN DE ESTADO

La instalación Nahmer ha sido destruida. Sin supervivientes.

Todo transcurre según el plan establecido.

FINALIZANDO TRANSMISIÓN...

...

INICIANDO TRANSMISIÓN...

Código de encriptación: ZL-51432

Clave de seguridad: *****

Nivel de seguridad: A-10

DE: LECTER

A: SHADOW TIGER
ASUNTO: OPERACIÓN GREYSER

Magnífico.
Procedan con la adquisición de cría de águila.

FINALIZANDO TRANSMISIÓN...

LOS REMORDIMIENTOS DEL HÉROE

3

—¿Contemplando las vistas, teniente Reed? —preguntó en tono amable una mujer situada de pie en el umbral de la sala de observación superior del CSE Ankara, un superdestructor de clase Saibrel.

El oficial aludido, flotando en medio de la oscurecida sala tras haber desconectado la gravedad artificial y sumido en sus pensamientos, no contestó.

Las vistas eran realmente magníficas.

En aquel momento la Ankara navegaba cerca de una enorme nebulosa de color escarlata con forma de dragón rodeada por un infinito mar de estrellas. Había sido descubierta recientemente. El mando del ejército había ordenado a la Ankara y a su grupo de combate un reconocimiento del sector para valorar su viabilidad para posibles colonias civiles, puestos de investigación científica y/o bases militares. Tras dos semanas de misión, la Ankara había terminado su valoración del sector. En líneas generales, la zona era bastante pobre en recursos; a excepción de un par de campos de asteroides con escasa posibilidad de aprovechamiento y unos pocos planetas apenas aptos para sustentar vida a largo plazo, el sector no parecía ofrecer suficientes incentivos para su explotación, a excepción, por supuesto, de esa magnífica nebulosa. La valoración del capitán de la Ankara había sido clara: el único provecho real que la CSE (Confederación Espacial de Sistemas) podría sacar de aquel sector era en el ámbito turístico. Las vistas eran increíbles.

—¿Teniente Reed? —volvió a preguntar la persona de pie en el umbral de la sala.

—Disculpe, capitana Hocke —contestó el primer oficial de la Ankara, el teniente Kai Reed, apartando su atención de la nebulosa para centrarla su jefa—. Estaba fuera de servicio...

—No se disculpe, Reed, no pasa nada... —contestó Hocke sonriendo con amabilidad a su primer oficial—. Puedo entender que se ponga nostálgico con semejante vista —añadió indicando la nebulosa escarlata con una cabezada.

—¿Cómo sabía? —comenzó a preguntar Kai al tiempo que chasqueaba los dedos para ordenar al subsistema encargado de la estancia que reactivase la gravedad artificial.

La capitana, sin decir nada, se limitó a observarlo con expresión divertida.

Claro. Se le había olvidado. Lena Hocke, capitana de la CSE Ankara, tenía habilidades psíquicas de primer nivel. Si quería, podía leerle el pensamiento sin ningún problema.

—Hoy es el aniversario de la campaña de Khassius Lhan, teniente —explicó la capitana Hocke en tono amable—. Me imaginaba que se pondría nostálgico.

—No puedo evitarlo, señora —replicó Kai en tono educado—. Aquella campaña fue... —añadió apesadumbrado alzando la vista al paisaje visible a través de la cristalera de observación—. Y lo que pasó después... —añadió con marcada amargura en su voz.

—Le entiendo, teniente —contestó la capitana Hocke acercándose varios pasos—, pero debe dejar de atormentarse.

—¡Por mi culpa perdimos a grandes personas! —exclamó Kai dando un puñetazo a una de las paredes de la sala, visiblemente alterado—. ¡Por mi...!

Las palabras murieron en su boca. Le dolía demasiado el terminar la frase.

—No tenía forma de saber que pasaría todo aquello —señaló la capitana Hocke.

—Le agradezco la intención, capitana —replicó Kai—, pero no hace que me sienta mejor.

Los sucesos ocurridos durante la fase final de la campaña de Khassius Lhan aún dominaban sus pesadillas. Un año después de aquella operación, esas horas aún se mantenían vívidas en su memoria. Jamás podría olvidarlas. No. No quería olvidarlas. Se lo debía a los caídos en aquella campaña. A los caídos bajo su mando. Y muy especialmente a...

—Bueno, ánimo, teniente —lo instó la capitana Hocke esbozando una ligera sonrisa—. Tiene una llamada urgente de la almirante Larthan, del Estado Mayor Conjunto. Lo espera en la sala de conferencias principal.

—Iré de inmediato —replicó Kai haciendo un rápido saludo militar antes de marcharse.

La capitana de la Ankara lo observó en silencio mientras él salía de la sala de observación. Las comisuras de sus labios se arrugaron ligeramente al esbozar una suave sonrisa. Sin duda el teniente Reed era un buen oficial. Leal a sus hombres, hábil y con mucho coraje.

Comprendía sus remordimientos. En su situación, cualquiera los tendría.

Exhaló un ligero suspiro de frustración. Si conseguía pasar página, llegaría muy lejos. Estaba convencida de ello.

—Lo lamento, teniente, lo lamento... —susurró la capitana Hocke apesadumbrada.

Sabía lo que estaba ocurriendo. Lo que ocurriría en el futuro. Y el impacto que tendría en el teniente Reed.

Y no podía hacer nada por evitarlo.

—Lo lamento, teniente, lo lamento... —repitió en un débil susurro.

